

xrite

colorchecker CLASSIC

da. 32-1 A-552-5 R. 35.686
ATA 00160

JESUCRISTO

Y LO BELLO

APUNTES PARA UN LIBRO

DEDICADO

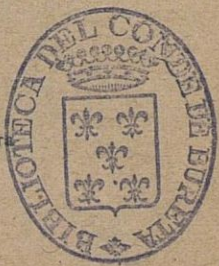
Al Apostolado de la Oración y Pía Unión

DEL

Sagrado Corazón de Jesús

POR

PEDRO CLAVER Y BUENO



ZARAGOZA
Tipografía de Ramón Miedes
1887

doc. 32-1

A-552-5 R. 35.686
ATA 00160

JESUCRISTO

Y LO BELLO

APUNTES PARA UN LIBRO

DEDICADO

Al Apostolado de la Oración y Pía Unión

DEL

Sagrado Corazón de Jesús

FOR

PEDRO CLAVER Y BUENO



Aprobado por la censura



ZARAGOZA

Tipografía de Ramón Miedes

1887

① T 130942
C 1143371

② T 36901
C 1143373

③ T 199970
C 1147972

Al Apostolado de la Oración y Pía Unión

DEL

Sagrado Corazón de Jesús

DEDICATORIA

Pluguiera al cielo que la lectura de estas páginas avivara en tu pecho la llama del Amor Divino, si es que avivar se puede la que brilla en tu corazón, fúlgida como el Sol de Justicia que la ha inflamado: si Jesús es todo caridad, ¿cómo elogiar su belleza? ¡Oh santa Congregación! La base de tu culto es la belleza del amor de Cristo: ayúdame pues á describirla, que soy tu hijo

EL AUTOR.

BELLEZA MORAL

DE JESUCRISTO

CAPÍTULO PRIMERO.

Dios, que es la suma belleza y el creador de ella, ha impreso un destello de su bondad, de su verdad y de su belleza en todas las criaturas, reflejándose estas hermosas cualidades más directamente en el hombre, á quien señaló con la *luz de su rostro*, en expresión del Salmista.

Dios y el hombre, son las dos fuentes de la belleza; Dios, con su omnipotencia, con su sabiduría infinita, con su eterno amor, contiene en sus atributos y en grado infinito, las condiciones todas de la belleza, hasta el punto de que, todo lo que hace es bello, porque lleva impreso el sello indeleble de su poder y de su grandeza.

El hombre, centro de la naturaleza, hecho á

imagen y semejanza de Dios, posee una alma sensible, intelectual y libre, y como le dió vida un soplo de la divinidad que es la suma belleza, dispone en su consecuencia de grandes elementos para la creación artística.

El Artista divino, ve en su inteligencia todos los mundos y seres, y con su omnipotencia pronuncia el *fiat*, é instantáneamente se escuchan rodar los mundos, rómpense los embriones de los astros, brotan los gérmenes de los seres, y toma forma sensible y bella todo el universo, según estaba determinado en su ideal eterno.

El hombre artista, creado y finito, engendra una imagen en su propia inteligencia, á la que dá forma y belleza según su voluntad, participando de este modo, aunque de una manera limitada é imperfecta, de la potencia creadora de su Dios. Así tomaron forma el Vaticano y el Moisés de Miguel Angel, La Perla de Murillo y El Pasma de Sicilia de Rafael, el *Requiem* de Mozart y el *Stabat Mater* de Rosini, la *Divina Comedia* del Dante, y el *Paraíso Perdido* de Milton.

¿Qué es la belleza, que por su universalidad abraza el orden físico y el orden moral, que por su misterio se escapa al análisis del más profundo observador, y que siendo un sentimiento íntimo, inherente á la naturaleza del hombre desde Platón á Taparelli, todos cuantos filósofos han consagrado su talento al estudio de la belleza no han podido llegar á conocer su esencia?

Oigamos á los estéticos eminentes.

Charles Leveque, cree que la belleza, es la fuerza ó el alma obrando con todo su poder y conforme al orden. De modo que en opinión de este autor los séres se aproximan ó se alejan de la suprema belleza, según que el orden y el poder crece ó decrece paralelamente en ellos.

El panteista-idealista Hegel supone: que la belleza es la manifestación sensible de la idea.

El sabio Scheling cree que es la revelación de lo infinito por medio de lo finito.

Krauce dice que es la semejanza de lo finito con Dios.

Pietet afirma que la belleza es la armonía de la idea con la forma, en la expresión sensible de la idea por la forma.

Boiturón dice: que la belleza es la cualidad del sér que dispone las partes del objeto con orden, según la unidad determinada por su esencia. Prolijo sería que nos detuviéramos á examinar detenidamente estas diversas definiciones, pues todas pueden reducirse á dos puntos cardinales: á considerar lo bello objetiva ó subjetivamente. En el primer caso, consideran que es lo bello, absoluto, inmutable y eterno, que es Dios mismo. En el segundo caso, la belleza es finita y variable, según las facultades del alma de cada uno.

De esta división tan capital, nacen las dos escuelas, idealista y realista, que se disputan la supremacía en el mundo del arte. Una estudia

la belleza en la naturaleza procurando trasladarla al lienzo ó al mármol, y ha dado origen al arte pagano ó subjetivo; la otra elevándose hasta el infinito y sumergiéndose en las profundidades misteriosas de la belleza eterna, ha fundado el arte cristiano ó místico.

Platón, el jefe de la escuela idealista, ha definido la belleza diciendo que es *el esplendor de lo verdadero* y San Agustín *esplendor del orden*; siendo completadas ambas definiciones por Santo Tomás, que distingue lo bello sensible de lo bello moral é inteligible, remontándose hasta el prototipo de la belleza, esto es, al Verbo Divino.

Tres condiciones esenciales, dice Santo Tomás, necesita la belleza, integridad del objeto, proporción ó correspondencia entre las partes y esplendor.

Sin integridad no hay perfección, sin proporción no hay armonía, sin esplendor no hay vida.

Todas estas cualidades de la belleza se hallan reunidas en alto grado en el Verbo Divino, porque en cuanto Hijo posee en toda su integridad naturaleza idéntica al Padre, pues San Pablo dice que le es sustancial, figura de su sustancia; y en cuanto Verbo, es el esplendor del entendimiento del Padre, esplendor de su gloria, como le llama el mismo Santo Apóstol.

Esta definición del admirable autor de la Suma, es á un mismo tiempo objetiva y subjetiva; es decir, que ha hecho desaparecer la profunda división de las dos escuelas que se disputaban el

dominio del arte. Es objetiva, por cuanto presenta en el Verbo la belleza sustancial y eterna que reflejándose en todo lo criado, lo embellece con su propio esplendor. Es subjetiva, porque posee todas las condiciones esenciales de la belleza como son la integridad, la proporción y el esplendor.

A esta admirable teoría estética alude el Dante cuando describiendo el Paraíso, en sus primeros versos del canto décimo exclama: «El inefable poder primero, juntamente con su Hijo y con el Amor que de uno y otro eternamente procede, hizo con tanto orden todo cuanto concibe la inteligencia y ven los ojos, que no es posible á nadie contemplarlo sin gustar de sus bellezas.»

De manera que según la profunda y sabia teoría de Santo Tomás, la belleza es: *el esplendor de la gloria de Dios reflejado en la creación*; y el artista, el reproductor de aquella luz del Verbo que ilusiona á todo hombre que viene á este mundo y que se refleja en su mente. Por eso dice San Agustín en sus confesiones (1) «esta bellezta que hace pasar del entendimiento á la mano del artista, procede de aquella belleza que es soberana del alma y por la cual suspira noche y día el alma mía.»

Pero aun hay más; la verdad, la bondad y la belleza, aun cuando se diferencian notablemen-

(1) Lib. X cap. XXXIV.

te según la razón, son una misma cosa consideradas como cualidades esenciales de la obra artística, y por tanto deberán hallarse siempre en armonía para que se cumpla el fin supremo del arte.

Ahora bien; si la verdad es la conformidad del saber y el ser, la bondad es la inclinación del alma á realizar lo que es bueno, y la belleza es el esplendor de la gloria de Dios; Jesucristo que es la verdad absoluta, la bondad eterna y la belleza infinita, tiene que ser el fin primordial del arte. Siendo el arte la realización de lo bello, y la belleza hechura del espíritu, y el espíritu semejanza de Dios; en este concepto el fin de lo bello, debe estar siempre en armonía con lo bueno y lo verdadero, porque estando en armonía todas las propiedades de Dios, no pueden estar en oposición la belleza, la bondad y la verdad.

Por eso ha dicho elocuentemente Winckelman que la belleza suprema reside en Dios; la idea de belleza se perfecciona en razón de su conformidad y armonía con el Sér Supremo.

Ya en su tiempo Platón decía «que lo divino es lo bello, lo verdadero, lo bueno y cuanto se le asemeje; eso fortifica las alas del alma. Lo contrario, como la falsedad, el mal, embaraza ó corta las alas.»

Lamennais afirma que «lo bello se refiere á la vez á la inteligencia y al amor», y como el objetivo de la inteligencia es la verdad, y el del

amor es el bien; de aquí que lo bello deberá referirse á Jesús, que por su divina naturaleza es la verdad absoluta y el eterno bien.

Nada es más hermoso que lo verdadero, exclama Boileau: sin duda por eso, en Jesucristo, que es la verdad misma, existe radicalmente la belleza.

La gran ley de la unidad á que obedece la belleza, como obedece todo el universo, se encuentra en Jesucristo que como Dios es la unidad suprema que rige eternamente en el tiempo y en el espacio. Nuñez de Arena lo dice elocuentemente: la unidad es el alma de la belleza; esta ley suprema debe ser continúa; que á semejanza de Dios en el mundo esté en el centro y en todos los puntos de la circunferencia, y por tanto que rija á todas las partes en el espacio y á todos los momentos en el tiempo.

De todo lo dicho se desprende, que, Jesucristo en cuanto Dios, como hijo del Eterno Padre, como el Verbo de Dios contiene todos los atributos del Sér Supremo en toda su integridad, y es por tanto la suma belleza, el conjunto armónico del sublime moral é intelectual.

Véase lo que decía á este propósito el eminente P. Felix: (1) «Jesucristo es á la vez cuerpo, alma y divinidad; cuerpo que resume en sí mismo la perfección de la belleza física, y concentra en su hermosura todas las bellezas espar-

(1) Conferencias de 1867.

»cidas por el universo; alma la más pura y perfecta que ha existido nunca, que arroja sobre el »Verbo Encarnado su brillo de grandeza de »amor y de castidad, divinidad, en fin, que penetra toda belleza física y moral, y forma aquella figura, la más bella que se descubre en el »horizonte de la historia, una aureola, cuyo resplandor va creciendo en el espacio y en el tiempo, á medida que la humanidad multiplica en »torno suyo los homenajes y adoraciones.»

Así debía ser, pues, el Criador al unir en la sacratísima persona del Verbo Eterno las dos naturalezas, divina y humana, por una grandiosa combinación de su infinita inteligencia con el amor increado, presentó á la faz del mundo la figura de Jesús, en la que imprimió toda la luz de su divino rostro y concedióle su alma sapientísima y virtuosa, un corazón lleno del amor del Espíritu Santo y adornándole con todas las bellezas juntas de cielos y tierra.

De todo lo dicho se deduce que si Jesús es la belleza suma; el Evangelio que ha predicado, la Iglesia que ha fundado, el Catolicismo, en fin, como es una religión de procedencia divina, contiene en el más alto grado de perfección la bondad, la verdad y la belleza, y sus impenetrables misterios, y sus augustos Sacramentos, y sus grandiosos cultos, poseen tantos elementos estéticos que servirán siempre de fuente inagotable de inspiración al genio creador de los grandes artistas. Y es que la gracia santificante que

se adquiere por medio de los sacramentos, la devoción y la piedad que inspiran el culto de la Iglesia católica y la práctica de las virtudes cristianas, son los elementos fundamentales de la idealización artística, del simbolismo estético, del amor á lo bello y del arte en fin.

La gracia santificante, inspira la imaginación, refina el gusto, impulsa al genio, eleva el ingenio, enciende el entusiasmo y engrandece el talento, es decir, que en sí sola contiene en grado elevadísimo las condiciones subjetivas del arte. ¿Como sinó, expresar la divina belleza de Jesucristo? ¿Cómo pintar el éxtasis sereno de los bienaventurados, el gozo inefable de los ángeles?

¿Cómo describir escenas celestiales nunca vistas, sino á través de los resplandores de la fé, en la hora esplendorosa de la gracia, y en el momento feliz de inspiración? Fray Angélico, pintaba de rodillas y orando las imágenes que le han dado renombre, Miguel Angel oía misa todos los días antes de ponerse á pintar el grandioso fresco que representa el Juicio final en la Capilla Sixtina, Corregio, en los últimos momentos de su vida, poco después de recibir el Viático, pintó uno de los ángeles que han asombrado al mundo; el piadoso Mozart, murió escribiendo su famoso *Requiem*, Haydn encabezaba sus obras invocando el nombre de Dios, y las terminaba con el *Laus deo*, y las poesías de Santa Teresa de Jesús y de San Francisco de Asís, eran cantos

de ángeles inspirados en los dulces arrobamientos del amor y la gracia celestiales.

Así es que los grandes artistas por medio de la gracia después de recorrer los grados más altos de lo bello, llegan á descubrir una belleza maravillosa, belleza eterna, increada, imperecedera, sin aumento ni disminución, belleza que nada tiene de sensible, que existe eterna y absolutamente por sí, y en sí misma, de la cual participan todas las demás bellezas. Esta es la que rebosa en las Vírgenes de Murillo y en las Madonas de Rafael, en los Cristos de Leonardo de Vinci, de Velazquez y Juan de Juanes.

Véase lo que dice con este motivo el inmortal Miguel Angel: «Como prueba y ejemplo de mi »vocación, al nacer, me fué dada la belleza, foco »y espejo para mí de dos artes: se engaña el que »otra cosa crea, ella sola lleva mis ojos á aque- »lla altura en que se me apareció para que la »pintara y esculpiera. Juicios tēmerarios y locos »son los de aquellos que sacan de los sentidos la »belleza que conmueve y que levanta hasta los »cielos á todo sano entendimiento. Los ojos en- »fermos no pasan de lo mortal á lo divino ni »suben á donde es en vano pensar subir sin la »gracia.»

De aquí se desprende que el arte que debe tener por objetivo á Jesucristo, adquiere un carácter profundamente religioso, y se transforma en teología mística; y todos los elementos sensibles de que se sirve el artista para representar

la verdad, la bondad y la belleza, como el dibujo, el color, la perspectiva, etc., se convierten en elementos secundarios que tienen que estar subordinados á principios fijos de orden más elevado como son el bien y la virtud. Máxima es esta, que lo mismo puede aplicarse á los asuntos puramente religiosos, que á los profanos, pues ninguna obra de arte puede prescindir de la ley del fin que es el bien y que por su caracter de universalidad se impone á todo el universo.

Si esto es así, inmensa es la responsabilidad de los artistas que impulsados por un exagerado realismo ó víctimas de un sensualismo culpable, desvían al arte del fin glorioso que le está encomendado haciéndole esclavo del vicio y propagador del mal.

De aquí nace que toda obra, sea cualquiera el asunto de que trate, que no sirva para purificar el alma y hacer que nazca en ella la virtud, no es verdadera obra artística, porque como ya hemos dicho, la belleza ha de estar siempre en conformidad y armonía con el Sér Supremo.

BELLEZA FÍSICA DE JESUCRISTO

CAPÍTULO II.

Hablando en el capítulo anterior de la belleza moral de Jesús, hemos visto que su cuerpo reúne en sí mismo la perfección de la belleza física, y concentra en su hermosura todas las bellezas esparcidas por el universo. Así debe ser por cuanto en su cuerpo debe reflejarse la belleza de su alma y la luz de su divinidad, alma que es la esencia de lo bello y divinidad que ilumina con los resplandores de su gloria todo lo criado.

El Génesis (1) en frases al estilo oriental enaltece la soberana belleza de Jesús diciendo: *Sus ojos son más hermosos que el vino, y sus dientes más blancos que la leche.*

(1) Capítulo XLIX. ver.º 12.

San Jerónimo exclama, fascinado por la belleza de Cristo: «El brillo y majestad de la divinidad oculta se traslucía en su rostro humano.

Pero nada describe, con más vivos colores, con poesía más encantadora, que las bellezas de Cristo, que el Cantar de los Cantares; ese inimitable poema que inspiró el mismo Dios á Salomón, esa égloga tiernísima en la que cantó el sabio Rey la encarnación sublime del Verbo y de su Iglesia.

Oid las palabras: de la Esposa. «Mi amado es blanco y rubio: escogido entre millares de jóvenes.»

«Su cabeza, oro finísimo, sus cabellos largos y espesos como renuevos de palmas, y negros como el cuervo.» «Sus ojos como los de las palomas que se ven junto á los arroyuelos de aguas, blancos como si se hubieran lavado con leche, y que se paran á la orilla de corrientes caudalósísimas.»

«Sus mejillas como dos eras de plantas aromáticas, plantadas por hábiles perfumeros: sus labios rosados que destilan mirra purísima.»

«Sus manos de oro, y como hechas á torno, llenas de jacintos: su pecho y vientre como un vaso de marfil guarnecido de zafiros.»

«Sus piernas, columnas de mármol, sentadas sobre basa de oro. Su aspecto majestuoso como el del Líbano y escogido como el cedro entre los árboles.»

«Suavísimo el eco de su voz; y en suma, todo

«él es envidiable. Tal es mi amado, y ese es mi
«amigo, hijas de Jerusalén.» (1)
¿Qué más pudiera añadirse? Pero sin embargo
oportuno será recordar lo que afirma San Jeró-
nimo tratando de este asunto: «Porque á no ha-
«ber tenido Cristo, en su semblante y en sus
«ojos, algún género de resplandor, jamás le hu-
«bieran seguido al instante los Apóstoles, ni hu-
«bieran caído postrados en tierra, los que habían
«ido á prenderle.»

El ilustre Teodoreto asegura que: «Cristo en
«cuanto hombre es de hermoso semblante, mas
«que los hijos de los hombres; pero en cuanto
«Dios, es tan hermoso, que por ser incompren-
«sible su hermosura, con ninguna semejanza se
«puede bastantemente explicar.»

San Bernardo afirma que: «Las gentes de las
«ciudades y de los pueblos, seguían al Señor
«cuando predicaba, y así, sanando sus almas,
«sanaba también sus cuerpos, é iban tras El lle-
«vados de sus palabras y hermosura juntamente;
«pues su voz era suave, y su semblante hermo-
«so, conforme está escrito: *Su semblante es her-
«moso, más que los hijos de los hombres, la gracia
«se difundió en sus labios.*»

Hay sin embargo algunos escritores cristia-
nos que suponen que Jesús no era bello de cuer-
po ni hermoso de rostro, é intentan apoyar su

(1) Capítulo V, Cántico II, vers. 10, 11, 12, 13, 14,
15 y 16.

aserción en textos bíblicos: esta opinión debe desecharse desde luego, porque repugna á la razón y al buen sentido, que Dios, creador de la belleza, al dar forma humana á su mismo Hijo divino, no imprimiera en su cuerpo y en su rostro el resplandor vivísimo de la sublimidad que posee; y en cuanto á los textos sagrados en que creen confirmada esta opinión, sabido es que aluden á lo desfigurado que los tormentos de la pasión y los sufrimientos de la muerte, dejaron sin duda alguna el santo cuerpo del Redentor. Por lo demás, si la razón y las afirmaciones de todos los autores místicos no bastarán para confirmar la belleza física de Cristo, interróguese á los cedros del Líbano, á los olivos de Getsemaní, á la elevada cumbre del Tabor, á las palmeras de Jerusalén y á todos aquellos sitios que santificó con su presencia; y las flores con sus perfumes, y los cedros con sus aromas, y los murmullos del Cedrón, y el aire embalsamado del Tabor, y Jerusalén con sus recuerdos, y aquella atmósfera en la que aun parece resuena el eco de su divina voz, os dirán que de su sér se irradiaba la divinidad, que en su rostro brillaba la belleza sobrenatural del Eterno y en su figura se reflejaba la hermosa grandiosidad de su alma. No hay duda alguna, Cristo tenía que ser bello, porque era Dios y hombre, porque era hijo de María, en quien resplandecía la belleza sublime, porque era el escogido entre los hombres, porque era, en fin, el Redentor del mundo.

Oigamos si no á uno de los sabios más ilustres de la antigüedad, escuchemos á Nicéforo que describe la majestuosa belleza del Salvador, diciendo: «Cristo, es de un semblante vivo, apacible y hermoso; su color parecido al del trigo. »De estatura bastante alto. Sus ojos rubios, algo negros, resplandecientes, agraciados y perspicaces. Las cejas negras, no muy arqueadas, »la barba roja y no muy larga. El pelo, que tiraba á rubio, bastante largo y que caía con cierta suavidad hacia la espalda. La nariz aguileña. El cuello proporcionado á su estatura. »Finalmente, en todo era parecido á su Madre.»

Sin embargo de estas detalladas descripciones, la verdadera imagen de Jesús nos es desconocida, porque no era posible sin que se efectuara un milagro, que la pluma del escritor, el pincel ó el buril del artista, pudieran reproducir los rasgos admirables de aquella naturaleza privilegiada. A pesar de esto, la tradición, la práctica constante de los artistas cristianos, los escritores místicos y las revelaciones de los Santos, convienen todas, salvo ligeras diferencias, en los principales caracteres del retrato de Jesucristo.

La imagen más antigua de Cristo y que por haberse hecho en su tiempo y durante su vida, tiene probabilidades de reproducir más exactamente su fisonomía, es la estatua del Redentor que en la ciudad de Cesárea de Filipo hizo levantar delante de su casa la sirofenisa á quien

solo el contacto de la túnica de Cristo curó de una hemorragia. Este notable monumento subsistió hasta los tiempos de Juliano el apóstata en que desapareció por completo, pero en nuestros tiempos se ha descubierto un sarcófago antiquísimo, que se halla en el museo de Letran en Roma, en el que en un bajo relieve admirable se reproduce el monumento de Cesárea y los rasgos que atribuye la tradición al tipo del Redentor. Existen además dos imágenes de los primitivos tiempos del cristianismo que confirman la tradición sobre la fisonomía de Jesús. Una de ellas es el cuadro de la capilla de San Lorenzo en Roma atribuido á San Lucas, y el Crucifijo de Luca que se dice es obra de Nicodemus; ambas imágenes tienen el parecido que la tradición ha conservado hasta nosotros.

En este punto poseemos datos de más importancia y que por su procedencia divina, no pueden dejarnos duda. Se trata de los *Santos Rostros* y de los *Santos Sudarios* que se veneran en varias iglesias de la Cristiandad. De estas reliquias, las que se consideran más auténticas, son: el Santo Rostro, que se venera en San Pedro del Vaticano y San Silvestre en Roma, el de San Bartolomé de Génova y el que los españoles poseemos en Jaén. De los Santos Sudarios, los más importantes por su autenticidad y veneración, son: los de Turín y Besançon. Nada importa que en estas imágenes venerandas, se hallen amortiguadas las tintas y oscurecidos los rasgos de su

semblante; porque el alma cristiana se abisma en la contemplación de aquel rostro oscurecido por los siglos, en el que aparecen los ojos cerrados por la muerte, sobre los que flotan los oscuros bucles de su hermosa cabellera, y bajo su tez morena se extiende en desordenados mechones la barba desfigurada en el suplicio. Ante estas imágenes se han postrado los siglos, hanorado las generaciones y se acoge la Cristiandad atraída por el amor infinito que se oculta bajo aquellas sombras impenetrables, y la belleza inaccesible de la bondad eterna que resplandece en aquellos confusos contornos, estampados allí por la acción milagrosa del poder divino. Resplandece en ellas el sublime moral, y por eso cae de hinojos el mundo católico, se abisma el alma cristiana y el corazón humano queda abrumado bajo el peso de tanta grandeza.

Como si esto no fuera bastante, la sucesión de los siglos con hechos milagrosos ha venido á confirmar la armonía que existe entre la tradición y estas imágenes, tales son las revelaciones de Santa Brígida, de Catalina Emerich, de la Madre de Agreda, de Margarita Alacoque y el acontecimiento portentoso que se dijo acaeció en nuestros días y que permitió ver con claridad las facciones del Santo Rostro del Vaticano. En la víspera del día de Reyes del año 1845, hallándose á la sazón desterrado á Gaeta, el gran Pontífice Pío IX, dícese que se iluminó rápidamente el Santo Rostro, ante el Dean del Cabildo de

San Pedro. Según la relación de este y otros muchos testigos presenciales, la imagen santa apareció iluminada con un tinte cadavérico, los labios de rosa pálida, la barba como una masa oscura, en la que apenas se vislumbraba los tres mechones en que está dividida, y en el rostro se hacía notar la expresión del dolor más profundo, de la serenidad en el tormento y la dulzura del alma, de que se hallan impregnadas también las imágenes de que hemos hablado anteriormente. Sin embargo de la perfecta conformidad en que están, la revelación y la tradición, el arte cristiano y los hechos milagrosos; la representación artística de la imagen de Cristo en sus actitudes, atributos y símbolos, ha variado según las épocas y vicisitudes porque atravesó la Iglesia.

Estudio es este de iconografía cristiana que por su importancia y extensión, merece tratarlo por separado, aun cuando con la limitación que exige nuestro modesto trabajo.

CAPÍTULO III.

ICONOGRAFÍA

CRISTIANA.

IMÁGENES DE JESÚS

Para estudiar con algún detenimiento el desarrollo del arte cristiano al representar á Jesucristo, sería preciso recorrer paso á paso la historia de la Iglesia, para lo cual se haría necesario ocupar grandes volúmenes. Por eso, nos contentaremos con indicar á grandes rasgos los toques más salientes de este grandioso cuadro.

En los tiempos heroicos del cristianismo y cuando la persecución de los Emperadores costó la vida á millares de mártires que salían de las catacumbas para ir al suplicio, la imagen de Jesús estaba tan solo reproducida en los muros de las galerías, sobre los monumentos de las capi-

llas, en los sarcófagos y urnas cinerarias de aquella mansión de tinieblas. Allí se ve aun en nuestros tiempos, la figura del Buen Pastor representada en un joven adolescente, con el cabello corto y la mirada tierna; gasta túnica ceñida á la cintura y que le cubre hasta encima de las rodillas, las piernas ceñidas con una red de cintas, el calzado de formas diferentes y la cabeza desnuda ó con un sombrero de extendidas alas, en las que está inscrito algunas veces el monograma. Le acompañan diferentes atributos, como son el cayado en representación del báculo episcopal, el vaso de leche símbolo de la Eucaristía, y la flauta de los siete tubos, alegoría de los sacramentos.

Se le ve acudir á la choza, donde dos ovejas le esperan impacientes, ó se alza en medio de un rebaño, ó aparece con una oveja sobre los hombros, ya descansando sobre el suelo con un perro á los piés, ya, en fin, caminando en busca de la oveja descarriada, representando sin duda preciosas alegorías de la parábola del Buen Pastor.

Luego después, cuando la soberbia y la vanidad de los Césares, y el orgullo y el sensualismo de los patricios, llega á su auge, el arte cristiano representa á Jesús como un esclavo. Así se le ve pintado, en figura de un joven hermoso, imberbe, con los piés descalzos, rapado el cabello y con una túnica corta.

A estos tiempos de persecución material y de

fuerza, siguieron la época de la polémica y agitación intelectual, con que los filósofos gentiles quisieron subyugar al cristianismo y ahogarlo en sofismas ya que no pudieron hacerlo en sangre. Entonces, el arte representa á Jesús sentado en la cátedra, con brillante vestidura, cabellera hermosa, calzado riquísimo en sus piés, y flotando en su fisonomía la luz inextinguible de la sabiduría infinita.

Llegada por fin la época bizantina, en que tuvo paz la Iglesia, y la insignia de la Cruz apareció sobre la diadema de Constantino como trofeo inmortal de su glorioso triunfo, y la imagen de Cristo aparece sentada en un trono resplandeciente, adornada de regias vestiduras, con la mano derecha sosteniendo un libro abierto y la izquierda extendida como para bendecir ó mandar, le rodean diversos atributos y figuras simbólicas, que representan á la iglesia militante y triunfante. El arte en estas imágenes, para expresar la grandeza y poder omnipotente de Jesús, lo representan en proporciones gigantescas con cierta inflexibilidad en los miembros y con una mirada penetrante, que sorprende el ánimo y hace adivinar el sentimiento religioso que en ellas palpita.

La iconografía cristiana representa á Jesús triunfante en múltiples formas alegóricas á la unión con su Iglesia. Así es, que ora se le ve rodeado de ángeles y coros celestes, ora con San Pedro y San Pablo, ora con la Santa Virgen,

ora es simbolizado en alegorías apocalípticas, con el rostro resplandeciente, ó en forma de cordero abriendo el libro de los Siete Sellos, ó como jinete, en fin, cabalgando en blanco caballo y capitaneando una legión vaporosa de caballería celeste.

En esta época, la misma insignia de la Cruz que hasta entonces había sido instrumento de dolor y de ignominia, es representada hasta en los monumentos paganos, como símbolo glorioso de triunfo; así aparece en el sepulcro de los Nasones, la Cruz del Redentor formada de rosas.

A partir del siglo VIII la imagen de Cristo se ve reproducida en dolorosa actitud-clavado en la cruz, poniendo el arte todo su empeño en hacer resaltar los sufrimientos del sacrificio, verificado en el Gólgota. En los primitivos tiempos las imágenes de Cristo crucificado, aparecen totalmente vestidas, porque el arte entonces, quería hacer dominar en estas obras, la idea de salvación y triunfo, sobre la del sentimiento de compasión y de dolor. Por eso se ven imágenes de Jesús clavado en la cruz, envueltas en una larga túnica, sobre la que se hallan impresos con cuidadoso esmero, los atributos sacerdotales, como son la casulla y la estola, y sobre su cabeza una diadema real, para significarnos que Jesús es rey y sacerdote. Pero desde el siglo antes citado, hasta el XIII, la túnica que ponían á los crucificados en la antigüedad, es más corta, para hacer resaltar las huellas del sufrimiento, apareciendo

ya en actitud tristemente dolorosa. Véase si no los crucifijos de esta época; á todos se les ve inclinada la cabeza coronada de espinas, abierto el costado, descoyuntados los huesos, con el semblante cadavérico y los labios ligeramente entreabiertos como exhalando el postrer suspiro; imagen dolorosa del sufrimiento de Dios hecho hombre que da la vida para librar de la muerte eterna al género humano.

En el siglo XIII comienzan á observarse en el arte cristiano al representar la imagen del Redentor, las dos escuelas idealista y realista, representada en la tendencia mística del gusto gótico que presentaba las imágenes prolongadas y algún tanto rígidas en sus formas, y el naturalismo pagano que cuidaba con esmero de los efectos naturales.

Estas dos escuelas rivales mucho tiempo, llegan á hermanarse en la imaginación prodigiosa de Fray Angélico. Sus Cristos son la expresión sublime del misticismo cristiano y del naturalismo de la antigüedad clásica. Sus imágenes son ejecutadas al calor de una inspiración nacida en los dulces arrobamientos de su corazón cristiano, por eso respira en ellas la vida, en su mirada tierna se adivina la mansedumbre de Jesús, en la flexibilidad y delicadeza de las formas, su belleza, y en la naturalidad de su actitud y en la dulzura del rostro, su hermosura.

Es verdad que aun falta algo en las imágenes del Beato Angélico para llegar á la perfección

á que aspiraron después los artistas del siglo xv y xvi, que buscando exageradamente la belleza en la forma, descuidaron la expresión de la belleza moral, viéndose con frecuencia reproducida la imagen de Jesús con bellísimas formas exteriores, pero sin que brillara en su semblante la belleza sobrenatural de su divina alma.

La sociedad se corrompe con la reforma protestante, los pueblos pierden su antiguo entusiasmo religioso, y los hombres corren á echarse en brazos del positivismo en busca de una falsa felicidad sensual que les enerva el alma y extingue en su corazón el sentimiento de lo bello. De aquí renace la persecución encarnizada á la Iglesia que se hace tan temible como la del antiguo paganismo, y vuelve á aparecer la imagen del Buen Pastor representando á Jesús, no ya como en la antigüedad cristiana con la oveja descarriada sobre los hombros, sino con los brazos abiertos para abarcar al mundo y mostrando al exterior su corazón ardiendo en llamas de amor intenso á los hombres.

¡Coincidencia providencial! Si mirais detenidamente los admirables lienzos de Bottoni y Deger que representan la imagen de Jesús con el pecho abierto mostrando al mundo su corazón santísimo, vereis la fisonomía del Buen Pastor, con aquella misma dulzura en el semblante, con aquella misma expresión inefable de ternura y amor, con que los primitivos cristianos lo adoraban en las catacumbas.

Y esto es natural, puesto que como en los tiempos modernos, ha vuelto á renacer el paganism y la persecución á la Iglesia, el arte reproduce de nuevo la imagen del Buen Pastor con el corazón inflamado de amor á los hombres y con los labios entreabiertos como si estuviera repitiendo al mundo aquellas consoladoras palabras que resonaron un día en la celda de la afortunada María Alacoque: «Te descubro el precio de estos tesoros de amor, porque contienen las gracias de santificación y salvación necesaria para sacar al mundo del abismo de perdición á que camina».

¿Cómo explicarse todas estas diferentes manifestaciones del arte, sin la intervención directa de Dios que inspira á los grandes genios?

En el registro histórico como en el legislativo y en el judicial la Biblia ha correspondido una representación que

CONCLUSIONES ESTADÍSTICAS

En el registro histórico como en el legislativo y en el judicial la Biblia ha correspondido una representación que

En el registro histórico como en el legislativo y en el judicial la Biblia ha correspondido una representación que

CONDICIONES ESTÉTICAS

DE LA BIBLIA.

ANTIGUO TESTAMENTO.

Son muchos los legisladores que han escrito códigos, son varios los monarcas que han fundado ciudades poderosas, son innumerables los hombres de talento que han dominado el entendimiento humano, produciendo todos un gran número de libros notables; y sin embargo, en la historia de la humanidad no se cuentan mas que seis libros que son venerados como sagrados. Los Kings de la China, los Vedas de la India, los Zend-Avesta de los Persas, el Corán de los Arabes, la ley de los Judíos y el Evangelio.

En el terreno histórico como en el científico, en el legislativo como en el filosófico, en el artístico como en el tradicional y constituyente, la Biblia ha conseguido una preponderancia que

ningún otro libro sagrado ha llegado á alcanzar. Pero lo que le distingue sobre todos, lo que lo eleva sobre los demás, lo que le da el caracter divino, es entre otras cosas, las profecías y sus condiciones estéticas.

La Biblia desde su primer versículo hasta el último, desde el *Fiat lux* hasta el final del Apocalipsis, es un encadenamiento grandioso de bellezas sin fin. ¡Con cuánto asombro abrimos las páginas de este gran libro para saborear los deleitosos encantos de sus cuadros primorosos! ¿Quereis ver ya desde sus primeros versículos la majestuosa belleza que produce el contraste entre aquellas escenas de amor de nuestros primeros padres, y el despertar de la envidia de Satanás en el abismo ardiente de la eterna noche? Pues recorred conmigo aquella encantadora descripción de la primera aurora del Edén, asistamos á las escenas de felicidad amorosa de Adán y Eva, aspirémos juntos la deleitosa frescura de la selva, escuchémos el primer canto del ruiseñor, aspirémos las brisas perfumadas de la Virgen floresta y veamos á Adán «incorporarse apoyada su frente en la mano para mirar con éxtasis á su muy amada compañera.» Aquellas horas de inocencia pasadas en medio de la naturaleza primaveral, aquella alegría tranquila de dos seres que por primera vez se hallan en el mundo, rebotando gracia y felicidad, forman un contraste sublime con aquella figura que oculta entre las frondosidades del Paraíso observa suspirando de

envidia la dicha de nuestros primeros padres. ¿Quereis presenciar el sublime en toda su plenitud de belleza? Abrid el Pentateuco; y en el Génesis de Moisés de aquel hombre sobrenatural que fue al mismo tiempo, historiador divino, insigne poeta, filósofo admirable, teólogo y profeta, pontífice sumo y legislador santo, vereis descrito con natural y sencillo estilo, pero con una elevación al mismo tiempo á que no han sabido llegar los entendimientos más grandes, el origen maravilloso del mundo y de todas sus bellezas; la caída de nuestros primeros padres; la posteridad de Adán por medio de Caín y de Seth, la corrupción general de toda la tierra, castigada con las aguas del diluvio; la misericordia usada con Noé y con toda su familia, los que fueron reservados para que de ellos se poblase nuevamente el mundo; la confusión de lenguas en la torre de Babel; y los principales hechos de Abraham, Isaac, Jacob y sus hijos; poniendo fin á toda esta interesante narración con las singulares acciones de Joseph. Ojead la página grandiosa del Exodo y en la tristísima descripción de la dura esclavitud del pueblo israelita, en la portentosa libertad que Dios les concedió en la celebración de la Pascua, en el maravilloso paso del mar Rojo, en las guerras sangrientas con los amalecitas, en la lluvia milagrosa del maná en el desierto y en la fórmula del Tabernáculo y el Arca del Testamento; podreis admirar todas las graduaciones de la belleza, desde

lo sencillo á lo sublime, desde lo terrible á lo patético, desde lo grandioso á lo magnífico.

Pasad la vista por las hojas del libro Levítico y el de los Números, y admirareis la hermosa constitución de las ofrendas y holocaustos, la institución del sacerdocio y el admirable orden y regularidad en la marcha y acampamento del ejército israelita superior en el arte militar á los griegos y romanos. ¿Quereis admirar las bellezas de la epopeya más grande que han presenciado los siglos? Pues estudiad el libro de Josué en quien se juntaban la experiencia de un caudillo y el valor del soldado, la ciencia de un profeta y la pureza de costumbres de un santo. La grande empresa de que se encargó este hombre extraordinario, era sin la intervención divina, de un arrojo temerario. Se trataba de arrojar de sus estados á naciones belicosas, de forzar plazas fortificadas y de contener á pueblos enemigos. El gran caudillo llevó á cabo todas estas hazañas por medio de milagros portentosos, parando el Jordán que suspendió el curso de sus aguas, parando al sol en su carrera para vencer á los enemigos y poniendo sitio á Jericó, la que tomó maravillosamente. ¿Qué hay más admirable que la hermosa historia del Libro de los Jueces que nos muestra claramente cuán importante es para los Estados, conservar la pureza de costumbres y el amor á la verdadera religión que con tesón conservaron nuestros mayores?

¡Qué hermoso contraste! entre el libro de los

jueces y el primero de los Reyes, entre las descripciones de las catástrofes de guerras sangrientas y de la ruina de los Estados, entre la narración pavorosa de la caída de los pueblos y la constitución grandiosa de la monarquía de Judá y de Israel, y la sencilla narración de la historia de Buth que por su estilo puede considerarse como una de las más excelentes de los libros santos. Lo que se relata en ella es la historia de una familia modesta y pobre de Bethlehen, pero las acciones nobles, los sentimientos puros, las costumbres patriarcales, se ven pintadas al natural, y con tanta sencillez y poesía, que no se pueden leer sin que el corazón quede dulcemente conmovido y como descansando de las impresiones últimamente recibidas con la lectura del libro de los Jueces, el que con sus conquistas ruidosas, con sus grandiosos héroes, con las mudanzas y ruinas de los grandes imperios, excita sí la admiración del hombre, pero conturba y apena su espíritu. En el cuadro gigantesco que nos presentan los libros de los Reyes, se destacan principalmente dos figuras las más bellas que se han presentado en el horizonte de la historia del pueblo hebreo; tales son David y Salomón, en los que se reunían la diadema real y la corona del artista, la inspiración del poeta y la ciencia del sabio, el génio de la música y la inteligencia del legislador, el arte de la poesía y el arte de gobernar, la humildad y la opulencia, la nobleza y la santidad.

Asombra la sabiduría de Salomón y encanta la armonía del salterio de David; admira el fausto de la corte del Rey sabio y arrebatada la poesía del monarca artista; entusiasman las bellezas del templo de Salomón y maravillan las virtudes de la corte de David; conmueve la majestuosa belleza de los Salmos y atrae la grandiosa sublimidad de los Cantares. Por poca inclinación que tenga uno á lo bello, queda maravillosamente fascinado bajo el influjo del sublime que palpita en cada uno de los versículos de estas dos composiciones, que son el último esfuerzo del ingenio.

No hay nada comparable á la belleza de los Salmos de David y á los Cantares de Solomón, porque en ellos rebosa la inspiración divina, la sabiduría del Espíritu Santo, y en cada versículo se lee un precepto de vida y consuelo, un poema de belleza y sublimidad que asombra. Y es que la poesía bíblica contiene belleza y encantos que no se pueden encontrar en ningún otro libro. Yo he leído con igual detenimiento la destrucción de Troya y la de Sodoma, pero son tan distintas las sensaciones que experimenta el alma, tan distinto el efecto que produce en el corazón la poesía sagrada de la profana, que no cabe ni la comparación.

¿Hay alguna filosofía en los libros profanos, alguna poesía en los clásicos, que pueda compararse á la del libro de Job? Cuando fueron á anunciarle que le habían robado sus bueyes, que

el fuego del cielo había consumido sus siete mil ovejas, que los caldeos le robaron sus tres mil camellos, que el huracán le había privado de sus hijos y destruyera su casa, Job, el varón justo y recto, lleno del temor de Dios, contestó sencillamente: «Desnudo salí del vientre de mi madre »y desnudo volveré á ella. El Señor me lo dió »todo: el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo »que es de su agrado: bendito sea el nombre del »Señor (1).» Esto es lo inconcebible en paciencia y resignación cristiana.

Yo he recorrido versículo por versículo los cánticos de los profetas, y al ver á Jeremías sentado sobre las ruinas de Jerusalén, llorando al ver desierta la ciudad Santa, viuda á la señora de las gentes, destruída la reina de las naciones, á Jeremías que exhorta al pueblo á la penitencia, á Jeremías anunciando los castigos que el Señor les enviaría si se apartaban de su ley, me he convencido que es imposible leer las lamentaciones del santo profeta sin llorar con el poeta cristiano.

Yo he estudiado á Ezequiel, el poeta del consuelo, el alma más sensible que formó el Señor, y al través de la aparente oscuridad de su lenguaje misterioso, he descubierto el germen de la verdadera filosofía, de la belleza más encantadora. Sus frases enérgicas, sus palabras duras, se acomodan muy bien á la indómita inconstan-

(1) Libro de Job, ver.^o 21, cap.^o 21.

cia y rudeza de caracter del pueblo hebreo y era muy á propósito para aprisionar su alma.

He leído al sublime Daniel, el defensor de Susana, el que explicó el sueño de Nabucodonosor y las misteriosas palabras escritas en la pared del alcazar de Baltasar; y estos cantos sublimes han conmovido mi alma más que todos los razonamientos mundanos.

Es indudable que la procedencia divina de la Biblia se manifiesta como ya hemos dicho, no sólo en su caracter profético, sino en sus maravillosas condiciones estéticas. ¿No es acaso un milagro que veinte autores diferentes y en diversas épocas, hayan escrito los libros santos, y sin embargo de que han usado distintos estilos, resultan siempre de una originalidad inimitable?

Entre estos diversos estilos sobresalen con especialidad el estilo histórico, el de la poesía sagrada y el evangélico. El Génesis y el Dentronomio, imitan admirablemente la narración épica, en el libro de Job se muda este estilo en el elegiaco, el estilo bucólico rebosa encantador en la historia de Ruth, el lirismo más tierno en el cántico de Moisés después del paso del mar Rojo, la poesía en toda su plenitud de belleza en la sublimidad de los profetas; y el estilo evangélico se ostenta tierno, sencillo y sublime, en ese lenguaje en que habla el amor en el Nuevo Testamento. Si añadís á todas estas bellezas en la forma, que todos los acontecimientos felices y adversos de la vida de la humanidad, están pre-

vistos en este gran libro con todas sus consecuencias físicas y morales y descritas con estilo inimitable y poesía encantadora, acompañadas del sonido de la trompeta, los arpeggios de la lira y los ecos de la churumbela, tendréis que afirmar que sus bellezas no tienen ni pueden tener rival en el mundo artístico.

CAPÍTULO IV

CONDICIONES ESTÉTICAS

DE LA BIBLIA

LIBRO DE JEREMÍAS

La primera impresión que se tiene al leer el libro de Jeremías es la de un libro escrito por un hombre que ha vivido en un tiempo de gran crisis para su patria. El profeta veía a su pueblo decaído y sin esperanza, y él mismo se sentía abatido y desalentado. Sin embargo, a pesar de esto, Jeremías no pierde la fe en el futuro de su patria, y se esfuerza por levantar el ánimo de su pueblo. Este libro es una obra de gran valor literario y espiritual, y merece ser leído y estudiado por todos los que se interesan por la literatura y la historia de Israel.

CAPÍTULO IV.

CONDICIONES ESTÉTICAS DE LA BIBLIA.

NUEVO TESTAMENTO.

La figura de Jesucristo en el gran cuadro del Nuevo Testamento, por sí sola basta para darle hermosura y belleza. Aparece Jesús en el mundo lleno de gracia y de bondad, y sin embargo viene para ser el más desgraciado de los mortales. Sus palabras tienen toda la autoridad de la verdad y la dulzura del amor. Da á sus preceptos la forma bella y sencilla del apólogo ó la parábola, porque se grave fácilmente en la inteligencia del pueblo. Sus predicaciones las da casi siempre caminando al aire libre y en medio de imponentes paisajes, y por eso toman la forma de sensible y preciosos idilios. Ora al ver las flo-

res del campo y las avechillas de los bosques, exhorta á los discípulos á que esperen en la Providencia que las sustenta. Ora enseña á juzgar al hombre por sus obras, mirando los frutos de la tierra, ó sentado en la cumbre de una montaña, saca enseñanzas profundas de los objetos poéticos que le rodean, para instruir á la multitud que le escucha. Se encuentra con pastores y se llama á sí mismo Pastor de las almas; preséntasele un niño y lo acaricia y recomienda su inocencia. En aras de la amistad, hace el mayor milagro, pues Lázaro era su amigo más querido, por el patriotismo, derrama lágrimas de dolor, sobre una colina junto á Jerusalén, condenada por sus crímenes á una devastadora destrucción. Pide agua junto á una cisterna á una mujer samaritana, y presenta su doctrina bajo la imagen bella de una fuente de agua viva. Defiende á la mujer adúltera porque la ve arrepentida y reprende la dureza con que iban á castigarla. Perdona á la Magdalena porque amó mucho. Cura á los enfermos, da de comer por medio de un prodigio milagroso á los muchedumbres hambrientas que le siguen hasta el lago Teberíades. Defiende al débil, instruye al ignorante, aconseja la humildad, en una palabra *Iba haciendo bien* en expresión elocuente del Apostol.

En todas las escenas de su vida resplandece su caracter amable, sencillo y tierno, su caridad sin límites; su ternura se le manifiesta cuando se le ve dormido en el seno de su discípulo Juan,

su amor á los discípulos cuando les encomienda su madre, la inocencia de su corazón en el cariño que tiene á los niños, el valor en el sufrimiento brilla en medio de los tormentos y su caridad en el último suspiro de su vida.

Sería imposible que pudiéramos presentar, ni un bosquejo siquiera de todas y cada una de las bellezas que encierra, el pasaje más sencillo de la vida de Cristo, y por esto, hemos procurado entresacar solamente dos de sus cuadros más salientes, el de Tabor y el de Getsemaní, como modelos de lo sublime y de lo patético.

Escuchad:

En la Siria, bajo un cielo de fuego, rodeada por encantadoras y poéticas lontananzas, salpicadas de bosques de encinas y praderas bellísimas, se levanta coronada de verde guirnalda como la frente de los héroes, la cima del monte Tabor, sobrepujando en altura á las cumbres azuladas de las montañas de Gelboe y las ondulantes colinas de Samaria que cierran aquel hermoso paisaje con un marco de esmeraldas.

Bajo aquel horizonte de subido y trasparente azul, en medio de la belleza de aquellos sitios de prodigiosa fertilidad, arrullados por el dulce murmullo de la brisa, subían hace más de diez y ocho siglos á la elevada cumbre del Tabor, Jesús con tres de sus discípulos Pedro, Santiago y Juan.

Cuando llegaron arriba, apareció de pronto trasfigurado Jesús en presencia de los discípulos

que le acompañaban. El rostro divino de Cristo resplandeció como si el sol, desprendiéndose de las etéreas esferas, hubiese colocado su brillante disco sobre su pusísima frente, y sus vestidos eran blancos como las perpetuas nieves de los ventisqueros de Ararat. Al mismo tiempo que tenía lugar este prodigio, dejáronse ver las venerables figuras de Moisés y Elías conversando con el Señor, es decir, la ley de los profetas, el entendimiento y la voluntad.

Al contemplar aquel espectáculo de célica hermosura y brillante gloria del Hijo de Dios, los apóstoles, poseídos del mayor asombro y turbación, no se daban cuenta del maravilloso suceso que presenciaban en silencio, hasta que San Pedro exclamó lleno de gozo y entusiasmo: «Señor, bueno es que nos estemos aquí.» «Si quereis, haremos tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.»

¿Habeis contemplado á la caída de la tarde sobre un cielo de oro y esmeralda hundirse el astro del dia envuelto en flotante y luminosa nube?

Pues aun no había concluído San Pedro de pronunciar las anteriores palabras, cuando una nube más esplendorosa que las que adornan los crepúsculos de la tarde y más brillante que las que acompañan á la aurora, envolvió en sus flotantes pliegues á todos los que allí se encontraban. Del seno luminoso de aquella nube se dejó oír una voz de argentino timbre y célica armo-

nía que dijo con solemne acento: «*Este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias. Escuchadle á él.*»

Aquella visión maravillosa desapareció súbitamente, encontrándose de nuevo los discípulos solos con Jesús que había vuelto á tomar su estado ordinario. Al descender del monte Tabor, Jesucristo impuso á sus discípulos la obligación de guardar el secreto de tan milagroso acontecimiento con estas palabras: *No digais á nadie la visión hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos.*

¡A qué profundas meditaciones se presta el espectáculo sublime del Tabor!

San Pedro en presencia de la transfiguración del Señor, lleno de inmensa alegría y de felicidad inefable que embarga todos sus sentidos y facultades, renuncia á todos los bienes terrenales, y con admirable sencillez de corazón, pide á Jesús permiso para permanecer en aquel sitio para siempre.

Enseñanza grande que nos muestra á todos los cristianos que para gozar un día de la eterna felicidad, premio de los buenos, preciso es abandonar los goces del mundo y observar los santos mandamientos.

«Escuchad á él» gritó desde las concavidades nubosas la voz de Dios. Y está escrito que el que no escuche á El y á la Iglesia, no contemplará cara á cara al sol de justicia, á la luz de la verdad, al Supremo bien, cuyos divinos resplan-

dores brillaron un día sobre el Tabor. Si la gloria que se reflejó en aquel día memorable sobre el rostro de Jesús, no fué más que un rayo de luz divina, un destello de la belleza celeste y una muestra débil de la eterna dicha, ¿qué será el cielo y su felicidad?

Lo infinito no puede ser abarcado por la inteligencia humana.

En vano la imaginación acumula todas las bellezas sublimes de la naturaleza y del arte humano, todos los afectos y nobles pasiones del corazón del hombre, todos los sentimientos bellos de que es capaz el alma en este mundo para llegar á comprender la suprema dicha de la otra vida; porque todas esas bellezas juntas, todos esos afectos y sentimientos reunidos, son nada con la sublimidad infinita de la belleza increada de Dios y el amor inextinguible y eterno que tiene para sus elegidos. Por esto los mejores poetas y filósofos cristianos han caído abrumados por el imposible cuando intentaron describir el cielo y su grandeza. El Taso y Milton, empequeñecen sus agigantados ingenios; el Dante al erguirse con su vuelo de águila, vacila y cae abatido por el cansancio, y Klopstock á pesar de su imaginación potente, naufraga en los escollos que forja su misma fantasía.

Y esto se debe á que la idea del cielo, en el que existe la luz inextinguible é increada que nace de Dios, en donde se escuchan las armonías de centenares de coros de vírgenes, márti-

res y santos que bendicen al Señor, en cuyos ámbitos resuena el hosana cantado por ángeles y serafines que perfuman el ambiente con el aroma de sus alas, en donde se conoce la naturaleza de las cosas, se lee en lo futuro, se ven girar los globos, se está como asociado á la ciencia absoluta y se siente las delicias infinitas del amor del Sagrado Corazón de Jesús; todas estas manifestaciones de la belleza, todas estas armonías, toda esta felicidad, forma una idea tan grande del Paraíso, que la inteligencia del hombre no puede comprenderla, que la imaginación humana no puede adivinar y caen ambas humilladas y confundidas bajo el peso de las grandezas celestiales.

Si el cielo es el infinito en todas sus manifestaciones, la belleza en toda su plenitud, la felicidad en toda su integridad, ¿cómo ha de existir humana inteligencia que pueda comprenderlo?

Desde el momento que hubiera un génio capaz de cantar sus glorias en toda su grandeza, una inteligencia que consiguiera conocerle por completo, dejaría de ser cielo, porque dejaría de ser infinito, eterno, inmutable.

La escena que tuvo lugar un día en el Tabor, por sus condiciones de belleza, es la más sublime que nos presentan los textos bíblicos de la vida de Jesús, pues nos lo manifiesta trasfigurado con el brillo deslumbrador de la gloria de Dios, que es el último límite de lo bello.

Esto en cuanto se refiere á la belleza, pues

con respecto á la razón y á los sentimientos que despierta en el alma humana, es un tesoro inmenso de consuelo y de esperanzas inefables para la vida futura.

Desde aquella fecha memorable, el mundo vió aquí algo del cielo, porque se manifestó su grandeza en medio del universo, el hombre sabe que si muere en gracia es para resucitar trasfigurado en la persona misma de Cristo y que al mirarle el Supremo Hacedor exclamará como lo hizo con Jesús en el Tabor: *«Este es mi hijo querido, en quien tengo todas mis complacencias»*, el alma del justo no ignora que puede aguardar tranquila y serena la hora de la muerte, para trasfigurarse en bienaventurada en el cielo y cantar por los siglos de los siglos con el santo Apostol. *«¡Oh cuán bueno es estar aquí eternamente!»*

Habeis contemplado ya la escena del Tabor, llena de luz, de armonía, de sublimidad y grandeza? Pues comparad el bellísimo contraste que resulta con la escena de Getsemaní, oscura, triste y melancólica, llena de dolores y tristezas.

La noche había extendido su oscuro y denso capúz por el horizonte de Jerusalén, por la ciudad y su templo, por sus montañas y valles, por sus bosques y jardines.

En la bóveda celeste lucían millares de estrellas en aparente confusión, como los brillantes en un inmenso joyero, y el ambiente perfumado

y tranquilo, no exhalaba un solo murmullo, ni agitaba una sola hoja sobre los árboles.

En lo más estrecho y tenebroso del valle de Josafat; en lo más intrincado y sombrío de los bosques de granados, naranjos y olivos que cubren con sus verdes copas la estrecha cañada de Getsemaní, junto á las rocas por entre las que rueda la corriente cenagosa del Cedrón; se encontraban hace más de diez y ocho siglos, Jesús con sus queridos discípulos. Tenía tanta melancolía aquel sitio fértil y solitario envuelto por la misteriosa oscuridad de la noche, por las triples sombras de la ciudad, las montañas y los bosques, resonaban tan tristes los murmullos del torrente, que el Hombre-Dios no pudo haber escogido un lugar más á propósito para la tristeza y el llanto, para la oración y la pena.

Lo avanzado de la hora, la tristeza de aquel vergel, se hermanaban maravillosamente con las palabras de angustia y desolación que salieron de los labios de Jesús cuando dijo: *«Triste está mi alma hasta la muerte.» «Y habiéndose separado algunos pasos de sus discípulos, se postró sobre su rostro y oró.»*

¿Y cómo no entristecerse el alma de Cristo, si estaba cercana la hora del oprobio, y las escenas del terrible drama que iba á comenzar se extendían ante su imaginación con todo el horror de la realidad?

¿Y cómo no llorar si desde aquel sitio se escuchaban los pasos silenciosos de su madre de-

solada que atravesaba el cercano camino en busca del hijo de sus entrañas?

¿Y cómo no orar, si desde aquel medroso Getsemaní se oía el confuso vocerío y las locas aclamaciones del pueblo de Jerusalén, regocijándose de haber vencido á la verdad y destruído la justicia?

¡Cuánto tiene que llorar la humanidad que pasa el angosto valle de lágrimas del mundo, encorbada bajo el paso de sus crímenes, al ver á su madre la Iglesia que corre angustiada por el camino de la vida, buscando á sus hijos descarriados!

¡Cuánto tiene que orar el universo católico al presenciar el clamoroso aplauso de los pueblos regocijados de haber aprisionado en el Vaticano la verdad y la justicia, llenando de oprobio la venerable frente del anciano que es Dios en la tierra!

Si en aquella triste noche el Hijo de Dios descubrió con una sola mirada todas las miserias y vanidades, todas las amarguras y tristezas que había de sufrir el género humano en el trascurso de los siglos; si comprendió que no podía dar al hombre la verdad y el consuelo sino á costa de su vida; ¡cuán grande debió ser el océano de angustias que inundó su corazón, cuando retrocediendo aterrado ante el peso de la muerte que ya sentía sobre si, dejó á su Padre! *«Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; más no como yo quiero; sino como tú.»*

Junto al mismo Jesús, en aquel mismo sitio lleno de sus tristezas, respirando aquel ambiente preñado de sus lamentos, sobre aquella tierra regada con el sudor de su sangre; dormían tranquilos los apóstoles sin sospechar siquiera en la tristísima escena que tenía lugar, comienzo del horroroso drama que había de concluir sobre la cima del Gólgota. Jesucristo se llegó á sus discípulos, y como los hallase durmiendo, díjole á Pedro: «*¿Así no habeis podido velar una hora conmigo?*» «*Velad y orad para que no entreis en tentación:*» «*el espíritu en verdad está presto, más la carne enferma.*»

En medio de la angustia que contristaba el alma de Jesús, olvidarse de su propio dolor para reprender dulcemente á sus discípulos porque en tan solemnes momentos le abandonaban á la soledad, y recomendarles al mismo tiempo que orasen y velasen para librarse de la tentación, es llevar la caridad y el amor hasta un punto solo concebible en el Hombre Dios que estaba decidido á dar su vida por salvar á la humanidad.

Jesús se separó de nuevo de sus discípulos, y llenando de suspiros el aire perfumado de la montaña y mezclando sus lágrimas con las flores del valle, oró diciendo: «*Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.*»

¿Puede darse un espectáculo más tierno y patético, más bello y conmovedor?

Jesucristo en medio de la soledad y el misterio de la noche, escondido en lo más tétrico y sombrío del jardín de las olivas, orando por la humanidad y llorando su ingratitud; es el bello ideal del amor, pero del amor santo, infinito, eterno; es el prototipo de la belleza estética, pero de la belleza triste, melancólica, sentimental.

Así lo ha comprendido la Iglesia católica que, profundamente conmovida por la escena dolorosa que tuvo lugar en el huerto de Getsemaní, acredita la tristeza y el luto que todos los años con su recuerdo embarga su afligido espíritu, con el color de las vestiduras de sus sacerdotes, con los tristes acentos de sus cánticos y oraciones, con el velo que cubre las imágenes y los retablos de sus templos.

Siempre conmueven el alma la pompa y magnificencia que despliega la Iglesia Católica en todas sus grandes solemnidades y ceremonias, pero las que celebra en conmemoración de aquella noche angustiosa, prólogo triste del drama del Calvario, entusiasman por su tristeza, por su severidad, por su grandeza.

Al recordarla, la Iglesia llora y gime, sus salmodias son tristes como lamentos, sus oraciones son melancólicas como suspiros.

¡Orad y gemid, católicos! porque Jesucristo en Getsemaní, divinizó la oración y santificó el llanto. Postrémonos de hinojos llorando al pie del árbol de nuestras flaquezas humanas y exclamemos en Cristo: ¡Señor! si no puede pasar

este cáliz sin que yo le beba, vierte dentro de él todas tus amarguras, que nosotras le apuraremos hasta las heces.

Así y sólo así podemos consolar al Hijo de Dios que lloraba y rezaba por nosotros en el jardín de las olivas aquella noche angustiosa.

Una vez estudiadas las bellezas de la vida de Jesús, poco podemos decir de las cartas de los Apóstoles, las que contienen, sin duda alguna, la esencia de lo bello: hay más de divino que de humano en ellas, su estilo admirable consiste en una misteriosa mezcla de autoridad paternal y de fraternidad cariñosa, que en frases sencillas y á veces familiares, dice palabras sublimes, hace consideraciones de filosofía profunda, explica la ciencia eterna y profetiza los acontecimientos futuros. No puede pedirse más para juzgar de su belleza.

CAPÍTULO VI.

BELLEZAS DEL CULTO
CATÓLICO.

La majestad de las ceremonias religiosas, la ostentación solemne del culto y la oración, son los tres elementos que más contribuyen al desarrollo de la vida social y moral del Catolicismo.

El alma humana, tiene incesantemente deseo de conocer la belleza de Dios y aspira de continuo el cielo para que fué creada; pero como es limitada é imperfecta, no puede por sí sola elevarse á las alturas del ideal infinito, y por tanto, necesita atractivos sensibles que le conmuevan y la levanten á las regiones del sublime, para llegar á comprender y admirar las verdades religiosas, que al ostentarse en los objetos exteriores, hieren nuestros sentidos para conmover el espíritu en forma de misteriosos himnos, de tiernas

plegarias y de simbólicas ceremonias que se cantan, se rezan ó se celebran en los templos.

De las ceremonias religiosas, la más augusta, la más importante y la más sublime, es sin duda alguna la Santa Misa, que comienza con un sencillo y poético diálogo entre el sacerdote oficiante y el catecúmeno, para desarrollar enseguida toda la pasión de Cristo, recorriendo una por una todas sus más interesantes escenas. ¡Qué espectáculo más conmovedor! ora canta el sacerdote el himno celestial que entonaron los ángeles en Betlehen alrededor del niño Jesús, ora recita la epístola del Apóstol llena de dulzura y caridad, ora lee el Evangelio del día, en el que se escuchan las palabras mismas de Cristo, ora canta el cántico de la fe; ora prepara la hostia inmaculada, ofrece el cáliz santo, recomienda la oración al pueblo, entona el *Sanctus* y el *hosanna*, para llegar al momento solemne de alzar la Hostia santa. Entonces los inmortales serafines cantan con doradas harpas himnos de alabanza desde el cielo, los ángeles descienden á la tierra y se postran de hinojos en derredor del altar para adorar á Dios, y todas las potestades celestes alaban y reverencian la presencia del Señor.

¿Hay algo comparable á este prodigio? Si añadís á la imponente majestad de estas sublimes ceremonias, las riquezas artísticas que atesoran nuestras catedrales góticas, cuyas apuntadas y elevadísimas ojivas se remontan hasta una altu-

ra sorprendente; si dilatais la vista por sus extensos muros, cubiertos tal vez de antiquísimos y ricos tapices; si contemplais el anchuroso presbiterio en cuyo fondo se dibujan las grandiosas formas del maravilloso retablo en que se disputan el espacio, la riqueza de la materia y las bellezas del arte; si hiere vuestra vista la espléndida iluminación del altar, confundida con la que penetra por las ojivales reflejada en mil cambiantes de colores, ya sobre los bruñidos mármoles del retablo, ya sobre los dorados broncees del tabernáculo, ya sobre las alhajas de oro y plata que se levantan sobre la gradería del altar santo; si escuchais al mismo tiempo el cántico de los sacerdotes, los armonías del órgano y la ferviente plegaria de los fieles que en actitud humilde meditan sobre tan grandiosa ceremonia; sentíreis que involuntariamente el espíritu disfruta ese arrobamiento dulcísimo, ese éxtasis inefable que causa en el corazón la presencia de Dios.

¿Quereis sentir toda la sublimidad del poema del Gólgota? ¿Deseais conmoveros con las tristezas de la pasión de Jesús? ¿Ambicionais descubrir los sufrimientos de la muerte del justo? Pues penetrad conmigo la tarde de Viernes Santo en uno de nuestros suntuosos templos. Ved cómo su recinto está desmantelado, sus altas bóvedas se pierden en la oscuridad, extinguidas las luminarias de sus capillas, cubiertos los altares y solamente allá, sobre el altar mayor se levanta un

crucifijo que se destaca tristísimo entre fúnebres crespones y pálidos destellos. La hora de la redención se acerca; y la elocuencia con toda la arrebatadora atracción de la palabra y la música con toda la influencia fascinadora del sentimiento, se disputan la honra de interpretar el testamento de Cristo. Las tinieblas, el sitio y la hora, influyen en los corazones católicos hasta hacerles sentir las tristezas y dolores que parecen rebosar en la agonizante vida de la sagrada imagen de Cristo, y cuando el sacerdote con voz conmovida explica el perdón de las injurias, y promete el cielo á los que creen, y da por madre á María, ¡oh entonces! parece que los labios del crucifijo santo, se entreabren para ratificar las palabras de su ungido. ¿Qué corazón no siente entonces esa languidez dulcísima que produce la presencia del sublime?

De las oraciones, la que por su procedencia divina reúne la fórmula más bella para orar el cristiano, es la oración dominical. Solícitos y ansiosos los Apóstoles decían cierto día á Jesús: *Señor, enseñadnos á orar*. Pues bien, les respondió el Divino Maestro: *orareis de este modo*: Padre nuestro que estás en los cielos, etc., y les dictó palabra por palabra la oración dominical.

No puede pedirse más sencillez y más grandeza. No hay necesidad alguna que pueda ocurrir al pensamiento de orden divino ó humano, moral ó material, que no se halle comprendida en esta sublime plegaria, cuyas mágicas frases son

repetidas incesantemente por el universo católico; consoladora oración de cuya palabra brota el manantial inagotable de dulzura y esperanza, de ternura y amor, que rebosan siempre en los labios purísimos de su divino Autor.

No hay nada tan á propósito, tan digno, tan bello, para la inspiración de un artista, como estas palabras cariñosas, las frases dulcísimas en las que el cristiano llama padre al mismo Dios y después de santificar su nombre, le pide el cielo bendiciendo su providencia, le ruega conceda el sustento corporal de cada día, y le perdone sus pecados.

Si estudiais los cánticos bíblicos que como plegarias dulcísimas usa la Iglesia en su liturgia, encontrareis tesoros de poesía encantadora y una fuente inagotable de inspiración y belleza. Ved cómo repite la Iglesia el cántico del Santo Viejo Simeón: «Ahora ya, Señor, moriré en paz »según la promesa que me hicisteis. Porque mis »ojos han visto al Salvador que dais al mundo. »Habeis determinado que se manifieste á la faz »de todos los pueblos, como objeto de su respeto y de su amor. El será la luz de las naciones, »y la gloria de Israel vuestro pueblo.»

¿Hay algún canto patriótico, algún himno guerrero, que excite el entusiasmo y el amor patrio como el *Te-Deum*? Cuando las naciones acaban de sufrir los horrores de una peste, cuando los pueblos terminan con la paz, esas guerras sangrientas que diezman á sus hijos, cuando ha

terminado una calamidad pública, ved congregado al pueblo bajo las naves del templo, en donde tremola el perdón nacional entre nubes purísimas de incienso, donde se mezclan los clamorosos ecos de los himnos guerreros con las armonías místicas de las oraciones religiosas, donde se confunden el tañido alegre de las campanas con el estruendo pavoroso de los cañones; y escuchar entonces á la Iglesia que entona entusiasta elevando los ojos al Dios de misericordia diciéndole: A tí, Dios, alabamos. A tí, Señor, los hombres confesamos..... arrebatada el alma y entusiasmo el corazón. ¿Y cuando la iglesia canta alegre el *Tantum Ergo* ante la Hostia inmaculada? ¿Y cuanto entona llevando en triunfo á Jesús sacramentado el *Pange lingua*? ¿Y cuando llora cantando el *Stabat Mater* ante la Virgen angustiosa? ¿Y cuando gime entonando el *Vexilla Regis* ante la Santa Cruz? ¿Y cuando canta dichosa haciendo coro á los pájaros, el himno matutino y se despide melancólica del día con el himno vespertino? entonces sí; con todos sus cantos, con todas sus armonías, con todos sus perfumes, lo mismo en la alegría que en la tristeza, en el entusiasmo como en la serenidad mística de sus oraciones, derrama á torrentes la belleza y hace sentir al corazón apasionado los dulces sentimientos que despierta en el ánimo cristiano el amor á Jesús.

CAPÍTULO VII.

ELOGIO DEL ARTE

CRISTIANO.

El arte, en todas sus manifestaciones, fué cultivado en varios pueblos de la antigüedad desde los tiempos más remotos, pero ninguno de ellos alcanzó el grado de perfección que el pueblo griego. Iniciado el movimiento progresivo de la cultura en el arte en tiempo de Pisistrato, y elevado á su mayor esplendor en la época de Pericles el amigo de Fidias, se conservó el buen gusto artístico hasta la muerte de Alejandro. Bella muestra son los monumentos que en esta época se conservaban en Peloponeso y Epiro. Despues de la muerte de Alejandro, las agitaciones guerreras que conmovieron á Grecia y la conquista de los romanos, hizo desaparecer los monumntos artísticos, ya por efecto de la gue-

rra devastadora, ya fueron arrebatados por los vencedores y sirvieron de trofeo á la triunfante Roma. Pero la vencedora Roma, ni supo conocer la elevación del arte griego, ni menos acomodarlo á las costumbres del imperio, pues alteraron los romanos la sencillez que distinguía al arte griego acumulando con frecuencia adornos magníficos, perdiéndose pronto el buen gusto y las proporciones elegantes que le distinguían. Apareció el Cristianismo, revolución portentosa que cambió las costumbres, las leyes, el carácter y la moral de los pueblos, y quedó transformado por completo el arte y sus naturales aspiraciones.

El paganismo con sus dioses y sus ninfas, sus faunos y sus hespérides, no prometía sino bienes exteriores y temporales, y por eso en el arte dominaba la belleza en la forma, el capricho de los sentidos, y si brillaba alguna vez la idea de la inmortalidad, era sólo como una sombra, como un sueño vagoroso.

El Cristianismo por el contrario, con la contemplación de lo infinito de su Dios, reconoce la nada de las cosas terrenales, lo deleznable de la vida mundana y la eternidad más allá del sepulcro, así es que en el arte cristiano domina la belleza moral sobre la hermosura física, abandona algo la forma por revelar más perfección en el fondo, desprecia los goces de la materia y prefiere las tranquilas emociones del espíritu.

Esta transformación que el Cristianismo llevó

á cabo en todas las manifestaciones del arte, es la que nos proponemos examinar, así sea tan sucintamente como lo exigen estos ligeros apuntes.

Dios, fué el primer artífice, el gran arquitecto del universo, y del que han tomado sus modelos todos los genios del arte arquitectural.

Penetrad conmigo en uno de esos inmensos pinares de nuestras provincias del Norte. Ved cómo surgen de la tierra los troncos de los pinos á manera de misteriosas columnas que sostienen las verdes bóvedas que forman sus ramajes; divisad el rayo de sol que penetra por entre las hojas apiñadas de sus elevadas copas como por los vidrios de un ventanal; aspirad su ambiente perfumado por las flores que alfombran el terreno á manera de pequeños incensarios, escuchad las armonías dulcísimas que como un canto sagrado entonan las aguas, los pájaros, las brisas y las frondas; y ¿no encontrais un remedo de estos, en los grandiosos templos del arte bizantino? No hay que dudarlo, el modelo más acabado para el artista es la naturaleza. Por eso la bóveda y el arco caracterizan el arte cristiano.

La arquitectura romana, que es una transformación de la arquitectura griega, caracterizada por el empleo de la bóveda y de la arcada, se conservó fiel á sus tradiciones en las antiguas basílicas italianas, pero descendió hacia el estilo romántico en el Occidente y volvíase bizantina en Constantinopla.

El romántico y el bizantino son dos estilos gemelos, dos variantes de un mismo origen que se ven con frecuencia combinadas y hasta confundidas, pero que sin embargo, les distingue diferencias fundamentales, pues el primero es más místico, más austero, y el segundo más rico, más pomposo; del primero nació el gótico, y el segundo influyó poderosamente en la arquitectura árabe. De todos modos, lo mismo el romántico que el bizantino, son la expresión más exacta del modo de ser del Catolicismo, porque el plan liso de las fachadas de los monumentos de estos estilos, respiran la fuerza y el poder; en el interior sus extensos arcos, lo saliente de las cornisas, y la manera tan acentuada de marcar las líneas horizontales, se avienen muy bien con el caracter grave y sencillo del Cristianismo, mientras que el fuerte saliente de las columnas que separan y aíslan los arcos, atrae la vista sobre una línea, cuya longitud no interrumpen los adornos, haciendo patente la grandeza y sencillez de la idea religiosa que sintetiza.

El modelo más acabado y más sublime del estilo bizantino es: Santa Sofía de Constantino-
pla, monumento extraordinario en el que Constantino acumuló las riquezas del templo de Diana de Efeso, las preciosas columnas del templo del Sol en Palmira, las grandiosas urnas de pórfido de las ruinas de Pérgamo, y después que hubo cubierto sus muros con brillantes mosaicos

de oro y piedras preciosas que le dan el aspecto sorprendente y mágico de una enorme concha de oro incrustada de brillantes, pudo exclamar con entusiasmo mirando al cielo el gran Emperador: ¡Oh! ¡Salomón! ¡yo te he vencido!

Las fachadas de los monumentos góticos son más ligeras, pero menos majestuosas que las bizantinas; se lanzan á grandes alturas hasta con riesgo; no cambian ni el plan general ni la forma de las diversas partes de los templos bizantinos, pero altera las proporciones y transforma el carácter. Elevan extraordinariamente las bóvedas, adelgazan las columnas, el arco roto sustituye á la plena cimbra que de siglo en siglo se adelgaza y afila, y la anchura casi desaparece dominada por la altura. Estas condiciones dan á los templos un aspecto maravilloso. ¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza! y sobre todo, ¡qué grandiosidad tan augusta no admiramos en las célebres catedrales de Burgos, de Toledo, de Leon y de Sevilla!

Al contemplar en estos monumentos esa multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para apoyar las altas bóvedas; aquella profusión y lujo en los adornos, aquella multiplicidad de capiteles, torrecillas, pirámides, templeteles derramados por todas partes, aquellos alardes de equilibrio que producen la desproporción tan visible entre la anchura y la elevación, aquellos conocimientos sorprendentes de la mecánica que acusa la diferencia tan sen-

sible entre las partes sostenidas y las que sostienen; producen en el expectador una impresión tan profunda de admiración, que apoderándose del espíritu, se dispone dulcemente á la contemplación de las verdades eternas.

En el siglo xiv se trasforma el primer periodo gótico, sustituyendo á los muros aún sólidos de la primitiva época, inmensas ventanas apoyadas por contrafuertes y arcos apuntados; los capiteles pierden de altura y se reducen á un sencillo y doble cordón de follaje, en fin, hay en el gótico florido, progreso en la ornamentación, pero decadencia en el conjunto.

Después del gótico florido, aparece el flamante, que llega á suprimir los capiteles, abate los ángulos, adelgaza las molduras, desfigura las columnas y á los sostenes les dá una figura ondulada. En la construcción de campanarios es donde ha conseguido el gótico flamante mayores triunfos, pero sin embargo, tanto éste como el florido, acusan una decadencia rápida en el arte que solo el renacimiento pudo regenerar.

El renacimiento hizo una alianza gloriosa entre el arte antiguo y el arte cristiano, mezclando el ojive con la plena cimbra; tomó del griego sus líneas elegantes, conservó la delicadeza de los adornos góticos y la bóveda latina la convirtió en las altas cúpulas de Brunelleschi y Miguel Angel.

Así tomó forma San Pedro en Roma que es el tipo del renacimiento del arte arquitectural.

Nada sorprende tanto como la vista de este templo que es el monumento más hermoso que existe en el universo. No se perciben sus colosales dimensiones sino es por relación, pues sus estatuas son gigantes colosales, sus capillas grandes templos, y las bóvedas inmensas sobre los que existen numerosos talleres, cúpulas, habitaciones, linternas, columnatas, etc., forman una pequeña ciudad habitada. La cúpula, que es la parte más bella del templo, es un esfuerzo extraordinario del genio de Miguel Angel, el que colocó allí en el aire todo el Panteón de Agripina con todos sus encantos, con todas sus grandezas.

Trece arquitectos desde Bramante hasta Bernin, han consumido en este monumento grandioso toda la inspiración de sus ingenios; por eso todo en él es sencillo, natural, augusto, y por consiguiente sublime.

Por eso todas las construcciones de iglesia de los siglos XVII y XVIII le han tomado por modelo y algunas poseen notables condiciones estéticas.

Si tantos estilos y tantas bellezas ha producido el arte cristiano en la arquitectura, no lo ha hecho menos en la escultura que por su origen procede más directamente de Dios. Escuchad lo que dice el Génesis: *«Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.....»* y tomando el mismo Dios un poco de barro formó el hombre y le dió vida con un soplo de su divinidad. De aquí, que Dios fué el primer artista escultural, y el hom-

bre la estatua divina que había de servir de modelo en el trascurso de los siglos á las bellas creaciones de la estatuaria.

Ninguno de los pueblos cristianos ha podido conseguir llegar á la perfección en la escultura y estatuaria como Italia, que supo hermanar la hermosura y grandiosidad con la verdad y la vida. Y si bien es verdad que el culto católico y su severa moral, ha hecho imposible en muchas ocasiones el desnudo en las imágenes, perdiéndose algo en la belleza de la forma; en cambio ha realizado un progreso admirable, en las facciones místicas de las vírgenes, en el dolor de los tormentos de los mártires, en la mortificación de los penitentes y en la hermosura celestial de los bienaventurados, por medio de una expresión profunda en el semblante, una habil disposición de líneas en los ropajes, una inteligente forma en las actitudes, un espiritualismo puro y santo, con que formaron los artistas cristianos las creaciones más sublimes de la belleza escultural.

Es indudable que el Cristianismo influyó de tal modo en la escultura que por sí solo produjo el renacimiento glorioso en Italia, que iniciado en Nicolás de Pisa, continuó pujante en Ghiberti, Donatello, Santovino y el inmortal Miguel Angel, que por un prodigio del cielo cultivó al mismo tiempo las tres artes de la arquitectura, escultura y pintura. Miguel Angel desde su juventud, en el bajo relieve representando á Jesús,

María y San Juan, hasta la estatua de Moisés que esculpió en la vejez, son innumerables las obras de arte que produjo su imaginación fecunda por las creencias católicas que son las que elevan á los grandes genios á las alturas del gran arte.

La escultura decayó con la muerte de Miguel Angel, hasta Antonio Cánova que volvió á elevarla, y en Roma, en París y en Viena, pueden verse gran número de las obras más importantes de este genio fundador de la escuela que aun reina en el mundo del arte, y se observará en casi todas ellas palpar el sentimiento cristiano.

En nuestra patria, desde Berruguete en su alto relieve representando la trasfiguración del Señor, que se halla en el altar mayor de la catedral de Toledo; Becerra en su estatua de la Virgen de la Soledad en Madrid, en su gran retablo de la Catedral de Astorga, Juan de Juni en su Dolorosa que se ve en el altar mayor de Nuestra Señora de las Angustias en Valladolid, en su descendimiento en la capilla de la Piedad que se admira en la Catedral de Segovia; Juan Martinez Montañés en las imágenes de San Lorenzo y el Cristo del gran poder, en la iglesia de San Lorenzo en Sevilla, la Divina Maestra y San Pedro y San Pablo en la de San Martín de la misma ciudad; hasta Alonso Cano que enriqueció á la Catedral de Granada con numerosas obras de arte; muestran todos ellos una nobleza en la forma, una naturalidad en las actitudes, y

una gracia en el arreglo de los paños, que prueban hasta la evidencia que deben estos artistas sus mejores condiciones estéticas á la veneración profunda que rendían á las creencias católicas.

El paganismo explicó el origen de la pintura por medio de la leyenda de la hija de Dibutade, la doncella de Corinto, que trazó el retrato de su amante dibujando en la pared el perfil de la sombra que proyectaba en ella la luz de una lámpara; pero el Cristianismo reconoce por maestro al Ser Supremo que al animar aquella porción de barro con que hizo al hombre, le dió el colorido y las tintas que después han servido de modelo al arte pictórico; al Criador que formó esos bellísimos paisajes en los que estampó de una manera indeleble; el verdor de las campiñas, el color del cielo, las montañas con sus contrastes de luz, el iris de la cascada, los bosques con sus sombras, y las tintas ligeras y suaves de la atmósfera.

De aquí tomaron su inspiración Fray Angélico, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Miguel Angel, Rafael, Correggio, Pablo el Veronés, el Dominiquino, Murillo, Alberto Durero, Rubens y tantos otros artistas como han dado forma sensible y bella á la hermosura celeste de Cristo y de María, de los ángeles y bienaventurados. Al Cristianismo se debe el Juicio final de Miguel Angel, el Pasma de Sicilia de Rafael, el Descendimiento de Rubens, el Cenáculo de Vinci, las

Concepciones de Murillo; en fin, todas las obras que constituyen el triunfo del arte pictórico. Todo lo que hay más bello en el trabajo del pincel, lo más rico y variado en el colorido, de más naturalidad y movimiento en las actitudes, se debe al culto de Cristo, porque no hay ningún asunto que pueda reemplazar en la pintura á la interesante historia de Jesús, que produzca una combinación tan admirable de elementos, una escala de grados tan vasta, un manantial tan inagotable de inspiración y de efectos.

Examínese todas las escuelas de pintura en el trascurso de los siglos, recórrase uno por uno todos los museos del mundo, y podrá verse las obras artísticas que ha producido el culto de Cristo en los grandes genios, que nunca aparecen más inspirados que en los asuntos religiosos.

En ninguna de las bellas artes se manifiesta tan ostensiblemente la influencia bienhechora del Cristianismo, como en la música, que por eso se le llama *Divino arte*.

Ya en tiempo de la antigua ley, se cantaba en Jerusalén el Pentateuco con música dulce y tierna; las profecías con armoniosos y patéticos conciertos y los salmos con tono lento y majestuoso. En la festividad de los Tabernáculos el pueblo hebreo bailaba y cantaba en torno del Arca Santa al compás de dulces acordes, y los libros santos nos hablan repetidas veces de la organización admirable de los coros y de la mú-

sica que amenizaba las grandes festividades religiosas del pueblo de Israel.

La inspiración divina hizo entonar cánticos tiernísimos á las vírgenes de Sión en el templo, arrancó al arpa de David vibraciones sublimes y se desbordó gimiendo en las tristísimas lamentaciones de Jeremías.

El Catolicismo es amigo inseparable de la oración; por eso su culto posee cánticos en los que se encuentran en alto grado las condiciones más esenciales de la armonía.

Entre los más notables por su antigüedad y grandeza es el canto gregoriano, que con los cinco tonos que son la escala natural de la voz humana, expresa de una manera completa los sentimientos más dulces del alma. El oficio de difuntos es una obra musical perfecta en la que se escuchan con admirable ingenio, ora los suspiros de pena que exhala nuestra madre la Iglesia por los males que afligen á sus hijos, ora el sordo gemido de las tumbas, ora, en fin, el resentimiento pavoroso de los muertos.

No hay drama más patético, no hay escena más conmovedora que el canto de la Pasión de Cristo en la Semana Santa, porque la relación solemne del Evangelista, las contestaciones imponentes de Jesús, forman un contraste aterrador con los interrogatorios de los jueces, los gritos de los sacerdotes de la sinagoga y las imprecações del pueblo judío, expresados en una música imponente y grandiosa.

El canto de las lamentaciones de Jeremías trae consigo el carácter de los sentimientos que interpreta, el objeto principal de la composición; por eso su música es tristísima, sus compases lentos y pausados, repitiendo siempre la misma frase musical para amoldarse bien al distintivo esencial de la verdadera tristeza, que consiste en la repetición incesante del sentimiento que la ha causado, en la monotonía propia del dolor.

San Felipe de Neri en 1550, dió vida estética á una de las creaciones más sublimes del arte musical, á los oratorios, llamados así por haber nacido en la iglesia del Oratorio. Las primeras composiciones de esta clase, fueron una mezcla del género madrigalesco y de la cantata, hasta que llegaron á la magnificencia de los modernos oratorios. Desde el *Anima é Corpo*, primer drama religioso de Emilio Cavaliere, hasta el *Moisés* de Rosini, el más teatral de estas composiciones, hay un abismo de distancia. Desde Giovanni Animuccia hasta Palestrina está comprendida la marcha progresiva del arte musical religioso.

En el siglo xvi el San Juan Bautista de Alejandro Stradella, la Santa Elena de Leo, la Pasión de Cristo de Bach y la de Jonelli; la Resurrección, la Ascensión y los Israelitas en el desierto de Carlos Manuel, J. Bach, el Mesías, el Judas Macabeo y el Sansón de Hændel y por último la creación de Haydn; son la expresión más acabada del sublime artístico y la prueba más elocuente de que el Cristianismo es la vida

del arte. Y es natural que así suceda, puesto que si la música es la manifestación del arte que más hace sentir al corazón, que más conmueve el alma, ¿cómo no había de influir el culto de Cristo, que es todo ternura, todo amor, y á quien no falta ningún género de belleza estética?

Buscad todo lo que hay de más bello en los afectos y nobles pasiones del corazón cristiano, todo lo más sublime que posee la imaginación de los grandes artistas y lo encontrareis expresado en melodiosos pensamientos, en cadenciosas frases, en pasos ora tiernos, ora tristes, ora suplicantes, ora entusiastas que componen el «Cristo en el monte de los olivos» de Beethoven, el «Pablo y Elias» de Mendelsohn, la «Redención» de Gounod, el «Requiem» de Mozart, el «Miserere» de Alegri, los «Motetes» de Palestrina, los «Salmos» de Marcelo y el «Stabat Mater» de Rosini.

Es natural que el Cristianismo, por sus condiciones de belleza en el arte musical, haya producido por sí solo obras portentosas y haya llegado á la cima del ideal, puesto que el canto procede directamente de los ángeles y la música del cielo que es la región de las eternas armonías.

La caballería, el amor y la moral, son los tres objetos predilectos de la poesía, y que deben su origen al Cristianismo. Con la mezcla del heroísmo rudo de los pueblos septentrionales y los sentimientos cristianos, nació la caballería; institución bienhechora que tuvo por objeto unir

con votos sagrados á los guerreros, suavizando sus costumbres todavía bárbaras.

Con el Cristianismo, el amor tomó un carácter puro y sagrado, llegando á ser el homenaje más tierno dedicado á la mujer á quien elevó hasta la altura que le correspondía; y con su moral dió vida á nuevas virtudes desconocidas anteriormente y ennoblecio algunas pasiones que estaban envilecidas en la sociedad pagana. De aquí tomó origen el romanticismo en sustitución del clasicismo de la antigüedad pagana, realizándose por tanto una trasformación profunda en la literatura de todos los países del mundo civilizado.

La admirable vida de Jesús, las bellezas de los Libros Santos, los portentos de los misterios, la sublimidad del culto y su moral incomparable, han producido elementos de inspiración para el genio creador de esa pléyade de poetas ilustres que forman el Parnaso de la poesía cristiana.

Recuérdese si no, la *Divina comedia* del Dante, extraordinario poema, que es merecedor del título de «Divina» por la transcendencia y gravedad del asunto, por lo grandioso de su estilo y por la admirable erudición y profundos conocimientos que en ella se encuentran; el «Paraiso Perdido» de Milton, conjunto mágico y singular de imágenes grandes y sublimes, de ideas nuevas, atrevidas y espantosas que se destacan al resplandor de rayos de luz vivísima que brillan á

través de densas tinieblas, el vuelo en fin del águila del genio que se remonta á las alturas hasta entonces desconocidas pero sin olvidar las leyes de la más pura filosofía; la Jerusalem liberada del Tasso, poema gigantesco que creado en la época del renacimiento, une con eslabón de oro la edad media y los tiempos modernos, y que es, si no tan magnífico como los monumentos de Homero y Virgilio, digno al menos de figurar junto á ellos.

Desde San Francisco de Asís, el trovador de la Italia; Jacopone, el cantor elegíaco que con acento tristísimo cantó el *Stabat Mater*; Raimundo Sult con su poesía del Amigo y del Amado, ideal bellísimo de la vida cristiana; Sulio, á quien Mallorca venera como santo, y como santo canta la virtud; Santa Teresa de Jesús, que canta como un ángel el amor divino; hasta Fray Luis de Leon, Ambrosio Montesino, Ubeda, Arcángel de Alarcón, Ledesma, Valdivieso, Lope de Vega y tantos otros poetas que han consagrado sus ingenios á cantar las bellezas celestiales, todos deben sus mejores producciones á las creencias cristianas.

En la poesía, como en las demás bellas artes, el Cristianismo ha hecho siempre prodigios para la inspiración de los artistas, como ha producido maravillas en el mundo científico, como ha alcanzado el perfeccionamiento en el mundo moral.

El ilustre músico Gounod lo dice elocuente-

mente: «El arte es ante todo, una expresión:»
ahora bien, pregunto yo, ¿qué expresais sino
aquello que creéis? ¡La convicción! Este es el
fondo de toda elocuencia. ¿Y qué es lo que fijará
vuestra convicción, sino la verdad permanente?
Ella y sólo ella es la vida de la palabra, del arte,
de la ciencia, de toda realidad.

A. M. D. G.

